



## EL MAESTRO UNIVERSITARIO Y SU FUNCIÓN DOCENTE: ¿DE QUÉ FUNCIÓN SE TRATA?

**Cruz Elena Vergara M.**

Docente del Programa de Psicología  
Funlam

*No sé qué nos reclamaba con más intensidad ni qué era más sustantivo para nosotros: ocuparnos de las ciencias que nos exponían o de la personalidad de nuestros maestros. Lo cierto es que esto último constituyó en todos nosotros una corriente subterránea nunca extinguida, y en muchos el camino hacia las ciencias pasaba exclusivamente por las personas de los maestros; era grande el número de los que se atascaban en este camino, y algunos -¿por qué no confesarlo?- lo extraviaron así para siempre (Freud, 1914).*

### Presentación

El presente texto surge de la experiencia docente que por más de diez años he vivido en la educación superior, escenario que constantemente me confronta con una realidad social que exige del docente un más allá de su saber disciplinar; exige de él una función, que a mi modo de ver, no está escrita en los manuales ni reglamentos docentes.

Son tantas y tan confusas las ideas que tengo sobre lo que quiero decir, que he decidido iniciar retomando a Freud, quien en 1914, habló de la relación alumno-maestro en su texto *Sobre la psicología del colegial*. En este reconocido texto Freud plantea, como se expuso en el epígrafe del presente ensayo, que, “*por la persona del maestro los alumnos se acercan o se alejan del conocimiento*”. ¡Vaya responsabilidad! A continuación presento algunas reflexiones en torno a

la relación alumno maestro, al saber docente y a la función del maestro en la universidad.

**Primero: sobre la personalidad del maestro y su relación con los estudiantes.**

¿Qué entender entonces por la personalidad del maestro? La personalidad se establece a partir de la propia subjetividad, entendida ésta como el cúmulo de experiencias afectivas a las que el ser humano se ha expuesto en su infancia, y que por efectos del inconsciente, han dejado ciertos rasgos que caracterizan la forma de actuar del sujeto en las relaciones con los otros. Siendo así, un maestro actúa en su función docente con los recursos que le son propios según su “personalidad”, y no se despoja de su ser para ingresar al aula a profesar el saber que se supone ha de enseñar. En este encuentro, entonces, entre un maestro y un estudiante universitario, se pone en juego no solo el saber del que se ocupa el maestro, sino las relaciones afectivas que gracias a la personalidad del maestro, hacen posible que el estudiante odie o ame eso que el docente dice saber.

En este entramado de relaciones afectivas es frecuente encontrar estudiantes que se quejan por la forma en que sus maestros les tratan, de la forma en las que son mirados, atendidos y enseñados. Muchos se quejan del docente que de entrada dice: “Yo tengo el poder”, “yo soy el que sabe de esto”, o del ingenuo que cree que expresando asuntos como: “es mi primera vez como docente” o “yo de esto no se, pero aprendemos juntos”, que creen que van a hacer que los estudiantes “se enganchen con el curso”.

Hay cursos que en contenido son excelentes, dicen los estudiantes, pero algo en el profe entorpece el aprendizaje. Eso que entorpece el aprendizaje la más de las veces, los estudiantes lo ubican en dos vías: una, la personalidad del maestro, en la que ubican asuntos de la pedagogía, la didáctica y del ser. En este punto señalan cosas como: “ese profe se ve que cree en lo que dice”, “ese man es un todo pila”, “es un man bien”. Un día un estudiante me decía: “profe, es que usted tiene algo que yo no sé qué es, pero me pone a estudiar como un “chucho”, así le pierda el examen profe, yo le aprendo”. La otra vía es en relación al saber que ostenta el docente. Sobre esta última hay varias consideraciones por parte de los estudiantes: “el docente no sabe e improvisa”, “no prepara la clase”,

“nunca ha tenido experiencia profesional en lo que enseña”, “sabe tanto que no logra decir nada concreto”. En fin, al parecer la personalidad del maestro se filtra en la transmisión del saber que le han encomendado y a la que él ha consentido.

### **Segundo: Sobre el saber docente y la producción de conocimiento**

A la personalidad del maestro se le suman otras condiciones que, según Maurice Tardif (2004), ha de poseer un maestro para el desarrollo de su profesión docente; entre ellas se cuenta “el saber docente”. Dice al respecto que: “el saber docente se compone en realidad, de diversos saberes provenientes de diferentes fuentes. Estos saberes son los saberes disciplinarios, curriculares, profesionales (incluyendo los de las ciencias de la educación y de la pedagogía) y experienciales” (pág. 26). Este autor plantea que

En las sociedades contemporáneas, la investigación científica y erudita, en cuanto sistema socialmente organizado de producción de conocimiento, está interrelacionada con el sistema de formación y de educación en vigor. Esa interrelación se expresa concretamente por la existencia de instituciones que, como las universidades, asumen tradicional y conjuntamente las misiones de investigación, enseñanza, producción de conocimientos y formación basada en esos conocimientos. (pág. 127).

Más adelante continúa diciendo:

Hoy en día parece que la producción de nuevos conocimientos tiende a imponerse como un fin en sí misma y un imperativo social indiscutible, dando la sensación de que las actividades de formación y de educación pasan a segundo plano (p. 127).

Sobre la producción de conocimiento surge entonces un interrogante que este autor plantea y que yo, desde hace algún tiempo, he reflexionado: ¿a quién le corresponde pensar la educación? ¿A los docentes de postgrados? ¿A los directivos de las instituciones? ¿A los investigadores que están en un escritorio produciendo textos científicos? ¿Por qué al docente común se le limita su labor a una función transmisora únicamente, delegando en quienes están alejados del aula, los proceso de investigación y producción de conocimiento científico?

Las citas enunciadas de este filósofo Canadiense, y los interrogantes expuestos, me hacen reflexionar sobre las implicaciones laborales que tiene para un docente universitario, obtener el grado de maestría, grado al que muchos optamos por asuntos de deseo y no por mandato institucional. Al obtener el título de magister o de doctor, la designación de funciones docentes cambian

sustancialmente; ya no se puede estar cien por ciento en las aulas, ahora hay que apoyar otras labores institucionales: hacer investigación, proponer seminarios y proyectos de extensión y proyección social; escribir artículos -no como este que no da puntos- sino publicar en revistas indexadas, llamadas “científicas”.

Al hacerse al título de un saber superior en el escalafón docente, el maestro en la universidad debe, entonces, alejarse de las aulas y producir conocimiento. Yo me pregunto al respecto: ¿acaso el encuentro con el saber en el aula, no es el mejor laboratorio de observación científica y de producción de conocimiento? Al menos yo no quiero renunciar a ello; el aula de clase en la universidad es el mejor lugar para saber sobre las problemáticas contemporáneas en el área del conocimiento, que en mi caso aviva mi deseo de saber: la educación, la psicología y el psicoanálisis. Ahora bien, teniendo de entrada este panorama, ¿cuál es entonces la función del maestro universitario?

### **Tercero: sobre la función del maestro en la universidad.**

En este escrito es importante considerar que cuando se hace alusión a “la función docente”, se trata no de una función en el sentido de cumplir unas acciones impuestas a su cargo laboral; aquí el sentido de función va orientado por el efecto que tiene a nivel subjetivo la función del maestro en tanto representante del Nombre del Padre; en este caso, un maestro con su ser cumple una función reguladora, función emancipadora, y como diría Paulo Freire, una función liberadora.

Para finalizar propongo que la función del docente en cualquier escenario, deberá superar las clásicas funciones dispuestas por SEDUCA y el MEN, sintetizadas en: enseñar, formar y educar. Las funciones del docente, a mi modo de ver, van en la vía de:

1. Provocar el deseo de saber: Que el estudiante se identifique al deseo de saber del docente; que vaya más allá de lo que el docente da en el aula.
2. Limitar el goce, en tanto la escuela ejerce función reguladora de la pulsión: un maestro que haga pasar del amor al trabajo, que posibilite en el encuentro con

el saber una salida adversa a la posición autodestructiva que caracteriza a los jóvenes de hoy.

3. Prestar su ser para que el alumno descubra en el mundo de las artes y las ciencias –como dice Gabo (1999) en un *Manual para ser Niños*– un camino hacia la felicidad, la misma que está estrictamente relacionada con poder hacer lo que se quiere. Esto último tendrá que estar vivo en el docente, en su ejercicio profesional, pues no concibo un maestro triste o dudoso en su hacer docente.

En la universidad he descubierto que no es distinta mi labor en esta fase de la escolarización del ser humano, a cuando fui docente de niños en preescolar; si bien la forma de relación con los estudiantes cambia, los efectos que tiene mi hacer, mi decir y mi sentir sobre ellos se mantiene. A veces, cuando en la cafetería algún estudiante se acerca y dice “profe, puedo hablar con usted”, me doy cuenta que en efecto lo que digo en clase tiene consecuencias tan significativas en la vida de mis alumnos, que confirmo que la palabra de un docente va más allá de la intención académica; lo que se dice, el cómo se dice y a quién se dice deja huellas que trascienden el aprendizaje escolar.

### **Algunos interrogantes finales**

Si de todas formas la labor del docente es “enseñar”, ¿cómo hacer para que el alumno aprenda si a veces el maestro mismo no cree en lo que enseña? ¿Cómo garantizar que el objetivo de hacer desear se cumpla, en un medio educativo que privilegia a quien más títulos tenga, más publicaciones y más producción científica profese, así su ser esté alejado del deseo de saber y por lo tanto del deseo de enseñar?

¿Será que es necesario que los maestros en la universidad reflexionemos más y mejor sobre nuestra función, y en esa medida la producción académica y el conocimiento científico contribuya también a propiciar buenos encuentros con los muchachos en las aulas? Buenos encuentros en los que por ejemplo, la evaluación permita confrontarse con el proceso de aprendizaje en términos de saber y no en términos de “ganar o perder”.

En fin, debe ser que al cumplir diez años de labor docente se me hace nostálgica la vida y por ello recurro a la escritura, para que ustedes y los otros

a los que por mi causa se acercaron o alejaron de la ciencia, puedan acercarse un poco a las tinieblas de la función del docente en la universidad.

### Referencias

Freud, S (1914/1976). Sobre la psicología del colegial. *En Obras completas Tomo XIII*. Buenos Aires: Amorrortu

García, G (1995). Un manual para ser niño. En: Biblioteca virtual universal (2003). Tomado de: <http://www.biblioteca.org.ar/libros/1907.pdf>

Tardif, M (2004). *Los saberes del maestro y su desarrollo profesional*. Madrid: Narcea, S.A.